

NARCISO ALONSO CORTES

«CLARIN» Y EL «MADRID COMICO»

(Separata de ARCHIVUM.—Tomo II, páginas 43-61)



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE OVIEDO  
1952

MA-2061

lit 68290  
C. 1085977



R.M.A. 2061

NARCISO ALONSO CORTES

«CLARIN» Y EL «MADRID COMICO»

(Separata de ARCHIVUM.—Tomo II, páginas 43-61)



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE OVIEDO  
1952



## «CLARIN» Y EL «MADRID COMICO»

En el «Madrid Cómico», es cosa sabida, publicó Leopoldo Alas una parte muy considerable y sabrosa de sus *paliques*. Y, desde luego, los que más circulación y resonancia adquirieron.

Cuanto por aquel tiempo éramos mozalbetes con afición a cosas literarias, leíamos asiduamente el *Madrid Cómico*. Esto pareció después, y acaso parezca todavía, palmaria demostración de los gustos frívolos e inconsistentes que dominaron en la época, y que pudieron dificultar el avance de las Letras. No parece muy fundada esta creencia. Junto al *Madrid Cómico* había revistas serias, de muy docto y sólido contenido, que quizá no han sido superadas, y que hubieran podido tomarse como síntoma opuesto. Además, fué precisamente en el *Madrid Cómico* donde hicieron sus primeros escauceos la mayor parte de los escritores que luego habían de sobresalir en muy diferentes géneros, y tanto ellos como los que formaban la redacción del semanario — todos de innegable ingenio — tenían desenvoltura suficiente para énter en otros cercados, si lo deseaban. El propio Rubén Darío se refirió más tarde a la penuria y trivialidad que, por los años a que voy aludiendo, y con pocas excepciones, sufrió la poesía seria y de pretensiones, y afirmó que sólo los poetas del *Madrid Cómico* supieron entonces dar variedad a la métrica y jugosidad a la expresión.

¡Con que avidez leíamos los *paliques* de *Clarín*! ¡Cuánto aprendimos en ellos! ¡Cómo nos enseñaron a aquilatar los valores, a perfilar los rasgos, a distinguir lo auténtico de lo engañoso! A veces traslucíamos alguna injusticia, algún exceso de violencia en el ataque; pero aun en esos casos no dejábamos de admirar el gracejo y la sutileza del crítico. Ocurría, sin embargo, que lo que más nos deleitaba era la intención y la sal de las *palizas*, sin que nos metiéramos a averiguar si eran justas o no. ¡Tal es la pícara condición humana!

Se da el caso curioso de que cuando, en los primeros tiempos del *Madrid Cómico*, aparece *Clarín* en sus columnas, no es para atacar, sino para sufrir el ataque. En el año de 1881 se hallaba en Madrid un joven escritor cubano, Aniceto Valdivia (notorio más tarde en su patria por el seudónimo *Conde Kostia*, tomado de la novela de Víctor Cherbuliez). Había venido de Cuba para estudiar Derecho en Santiago de Compostela, y de aquí pasó a la Corte para probar suerte en Literatura. No le faltó del todo, pues consiguió estrenar dos obras dramáticas, bien que con poca resonancia. Publicó también un pequeño poema, *Ultratumba*, imitado de Campoamor.

Calcados precisamente en los *paliques* de *Clarín*, Valdivia comenzó a publicar en el *Madrid Cómico* artículos críticos de batalla. Los dos primeros estuvieron dedicados a *El Señorito Octavio*, de Palacio Valdés, que acababa de salir a luz. Limitábase Valdivia a examinar cicateramente unos cuantos párrafos de la novela para calificarla de mala y rechazar los elogios que de ella había hecho *Clarín* en *El Mundo Moderno*. Bien pronto, en este mismo periódico, *Clarín* dedicó un *paliq*ue a Valdivia. Y fué entonces cuando éste en el número 68 del *Madrid Cómico*, arremetió contra Leopoldo Alas en forma airada y descompuesta. El artículo, sin embargo, es de poquísima monta. Refiérese Valdivia a dos poesías publicadas por *Clarín* —*El mártir de la duda* y *Las de Ruiz*— y a su traducción de *La paternidad* de Víctor Hugo, y sobre ellas deja caer unas cuantas vagueidades. Insiste en su ofensiva contra *El Señorito Octavio*.

De aquí no pasó Valdivia en su escaramuza con *Clarín*. En cambio, como lo que él deseaba—cosa explicable a sus veintiún años—, era llamar la atención, y para ello le convenía elegir un blanco y cuanto más alto mejor, en los números siguientes del *Madrid Cómico* la tomó con don Ramón de Campoamor. Empezó, pues, por el poema *Los buenos y los sabios*, recién publicado, y luego continuó la tarea que seis años antes, en las columnas de *El Globo*, había iniciado Joaquín Vázquez: esto es, hacer un rebusco de las frases y pensamientos que Campoamor había tomado de Víctor Hugo, y sobre todo de *Los miserables*. La cosa terminó mal para Valdivia. El director del *Madrid Cómico*, Miguel Casañ—reconozcamos que en forma poco hidalga, puesto que él había patrocinado a Valdivia—, expulsó a éste de la redacción del semanario y le dedicó unos sueltos incisivos.

El *Madrid Cómico* suspendió su publicación en 16 de julio de 1881 y la reanudó el 25 de febrero de 1883, bajo la dirección de Sinesio Delgado. Este, que era también muy joven—24 años—acababa de hacerse médico en la Universidad de Valladolid, y, resuelto a olvidar la Patología por las Letras, había volado a la Corte.

Entonces empezó *Clarín* a publicar en el *Madrid Cómico* sus artículos literarios y sus *paliques*, de los cuales solo una pequeñísima parte se reimprimió luego en... *Sermón perdido*, *Nueva campaña*, *Ensayos y Revistas*, *Mezclilla* y *Palique*. Ya en aquel año aparecieron algunos como el titulado *La Rigolade literaria*, en que advierte el peligro que la recién publicada *Poética* de Campoamor ofrecía para los poetas malos, u otros enderezados contra los poetas de Juegos Florales y contra los críticos de la *Revista de España*. Entrado el año 1884, la emprende con varios de los escritores que habían de servirle—algunos le servían ya—de blanco permanente: Cánovas, La devesse, Balaguer, Cheste, Velarde, Ferrari... Aunque todos estos artículos eran verdaderos *paliques*, la primera vez que *Clarín*—en el *Madrid Cómico*, se entiende—emplea este título genérico, es en el número 79 (24 agosto). Solo siete fueron los artículos que publicó *Clarín* en este año.

En el de 1885 inicia su labor con el extenso artículo *¿Por qué no escribe Alarcón?* Lamentaba *Clarín* la inactividad literaria de Alarcón y le decía: «El no ser usted el mejor novelista de España no es motivo suficiente para dejar de escribir novelas. El primero es Pérez Galdós, en eso estamos todos, y casi estoy seguro de que usted también; tan clara es la cosa». Y en una nota añadía: «También el autor de *Pepita Jiménez* viene a ser el primero... a su modo. En rigor, es el primero y el último en su género, que es un género aparte». Cuenta *Clarín* que en un tiempo Alarcón solía regalarle sus novelas con dedicatorias; pero que desde que le dijo que «sus libros eran hermosos pero tenían sus defectos», dejó de enviárselas. Y eso no estaba bien. «Mire V.—decía—, Pereda y yo somos ahora los mejores amigos del mundo, y sin embargo, yo empecé a tratar a Pereda con bastante impertinencia al discutir el valor literario de *El buey suelto*».

De los *paliques* publicados en este año, merecen recuerdo el titulado *Seis bolas negras*, luego reimpresso, y referente a la votación efectuada en el Congreso para conceder la pensión al poeta Zorrilla, y el dirigido contra el senador Calderón y Herce, que en las sesiones de la Alta Cámara en que se trató el mismo asunto, combatió rudamente la proposición.

Ni entonces ni nunca escapó la Academia Española a sus chanzas. Aquí, con el título de *Conejos académicos*, dedicó un artículo a discurrir sobre la definición que el diccionario oficial daba al vocablo *novela*.

También comparecieron—¿cómo no?—Grilo y Cañete. Es gracioso lo que, contestando al periódico *El Adalid*, que atribuía a envidia los ataques de *Clarín* a Grilo, dice de éste: «El Sr. Grilo, *motu proprio*, se me presentó, como tal Grilo, en cierta ocasión en la Cervecería Inglesa (o en la Escocesa, no recuerdo bien), y me dijo que le hacía mucha gracia que yo le pegase en los nudillos, o sean los ripios, y que así debía ser y que Cristo con todos. Yo hube de contestarle que así me gustaban a mí los poetas, y que descuidase, que por mí no quedaría. Desde aquella tarde, porque era una tar-



de, señor *Adalid*, quedamos tan amigos, y día hubo en que se empeñó Grilo, sí señor, se empeñó en pagarme el café, y me lo pagó, que estos poetas son así, cuando se proponen hacer una cosa buena, como no sea cosa de retórica y poética.»

Tres largos artículos, también reimpresos, dedicó a la novela *Guerra sin cuartel*, de Ceferino Suárez Bravo, premiada por la Academia Española. Y un *palique* al melodrama *El soldado de San Marcial*, de Julio Llana y Valentín Gómez, favorable a los autores y contrario al crítico de *La Época* que le había comentado.

En este año publicó *Clarín* en el *Madrid Cómico* siete *paliques* y seis artículos más.

De lo publicado en 1886, lo más saliente es lo relativo al drama *El Archimillonario*, de D. Pedro Novo y Colson. *Clarín*, que se hallaba a la sazón en Madrid, presencié el estreno, y en un *palique* le juzgó en los términos más duros. Lo menos fué llamarle «disparate cómico-crematístico-crasológico-telefónico-bursátil». Novo y Colson, que tenía poco aguante, llevó la cosa al entonces llamado terreno del honor, y de las conferencias entre los padrinos de una y otra parte, resultó un acta, que no satisfizo del todo a Novo, por hallar sentido ambiguo en algunas palabras. *Clarín*, en el número siguiente del *Madrid Cómico*, publicó una carta de tonos por todo extremo dignos, en que declaraba que el autor de *El Archimillonario* le merecía, como particular y como escritor, «la consideración que se debe a todo hombre honrado que dignamente se consagra a una profesión cualquiera», pero sin renunciar por ello al derecho de juzgar sus obras cuando tuviese por conveniente. Y así lo hizo, en efecto, no mucho tiempo después, y en forma nada benévola.

Consecuencia de este incidente fué el notabilísimo *Discurso de las Armas y las Letras*, que *Clarín* publicó inmediatamente en el semanario, y luego reimprimió. Sabido es que Novo y Colson era Marino de la Armada.

Otros *paliques* fueron contra los imitadores de Campoamor, contra algunos presumidos escritores de la nueva generación, con-

tra el diccionario de la Academia, sin que faltaran las obligadas zumbas a Bremón, Velarde, Cañete, etc., etc. En cambio elogió a Castelar, a Narciso Olier, a Palacio Valdés, a Picón y a otros. Con la primorosa semblanza de Luis Taboada inició la colección a que tituló *Vivos y muertos*, y que no había de continuar hasta mucho después. Interesante fué el artículo dirigido a D. Tomás Bretón sobre la cuestión de la ópera española, que entonces agitaba las opiniones. También escribió un largo capítulo de la novela *Las Virgenes locas*, cada uno de los cuales fué compuesto, sin plan ni asunto previos, por un autor distinto (J. O. Picón, Ortega Munilla, Ramos Carrión, Vital Aza, etc.)

Catorce fueron, entre paliques y otros, los artículos publicados por *Clarín* este año.

Mucho más asidua fué su colaboración en el de 1887. En uno de los primeros números hizo el elogio de Emilio Bobadilla, que había publicado su libro *Reflejos de Fray Candil*. Decía de él que «pese a su apellido, no dice bobadas ni chicas ni grandes, ni tiene pelo de tonto, ni de clase alguna en la lengua... Leyendo a Bobadilla se ve que, a Dios gracias, en nuestra *bermosa perla antillana* hay algo más que *sinsones*, y que no faltan libritos buenos, ni quien sepa distinguir a los tontos de los discretos». Poco después *Clarín* puso prólogo al libro *Escaramuzas*, de Emilio Bobadilla. ¡Quién podría pensar que estas relaciones tan afectuosamente comenzadas habían de terminar en una enconada refriega!

En el artículo *Frontaura*, fino y razonado, mostró una vez más *Clarín* la simpatía que sentía por el antiguo director de *El Cascabel*. Siguieron oyendo, en cambio, sus reprimendas, Cañete por sus críticas dramáticas, Fernández Bremón por sus crónicas, Fernanflore y García Ladevesse por muchas y variadas cosas. Y, por supuesto, Cánovas, al que dedicó un extenso y duro *palique*.

Al sonado asunto de *La piedad de una reina*—el drama que, con motivo de la condena a muerte del brigadier Villacampa, escribió Marcos Zapata, y cuya representación prohibió el Gobierno—,

dedicó un palique, en el que se refirió, más que al carácter político del incidente, al de los derechos del autor del drama.

Llamó la atención, en los términos que puede suponerse, sobre «la multitud de escritores—decía—, con y sin ortografía, que se ha dedicado esta temporada a decir pestes contra mí».

Terció en una polémica entablada entre el insigne maestro Barbieri y el crítico de un diario, y una vez más se mostró partidario de la zarzuela, si bien lamentando que hubiera muchas muy malas. Un proyecto de Novo y Colson para la reforma del teatro, le facilitó ocasión de aludir nuevamente, y en tono chancero, al autor de *El Archimillonario*. «Aunque la respetabilidad del Sr. Novo—decía—es cosa por mí de antiguo conocida, según consta por escrito, todavía es hoy mayor a mis ojos, porque comprendo que tiene muchísimo dinero».

Diecisiete artículos, de ellos once *paliques*, se publicaron en este año del *Madrid Cómico*.

Entre los paliques de 1888—algunos reimpresos—, figuran cinco, de singular interés, dirigidos a Luis Taboada. Tal cantidad de donosura y retozo hay derrochada en ellos, que son por sí solos buena prueba de que *Clarín* no escribía en este tono precisamente forzado por la índole del semanario en que publicaba sus paliques, sino porque era en él cosa connatural y así daba suelta al humor que le rezumaba. Su tema principal, todo tomado en broma, por supuesto, era la desgracia de los escritores, a quienes nadie hacía un solo regalo, mientras que cómicos y danzantes los recibían a docenas. «Se irá uno a la tumba con la conciencia limpia, eso sí, pero sin regalos, sin dejar a sus hijos licoreras, ni barros cocidos, ni jarrones del Japón, de acá o de allá, sin jaulas ni palillos de dientes. ¿Qué quedará de nosotros? Quedará alguna ligera noticia de algún diccionario biográfico catalán, de esos que empiezan por Aarón y acaban por Zuinglio (un judío y un hereje), y dirán de V., vr. gr., que debía de ser gallego, no por nada, sino porque se iba todas las tardes a la Virgen del Puerto, a gritar: ¡Huxa, viva Piloña!

Y en cuanto a mí, me confundirán con un periódico de Sevilla que se llamaba *El Tío Clarín*, y era tan poco serio como yo».

No muchos números después, *Clarín* tenía que hablar nuevamente de Taboada, pero para deplorar que hubiera quedado cesante en su modesto empleo del Ministerio de la Gobernación. «Pues por eso—decía—, porque aquí, como en Turquía, quien manda manda, Taboada se queda sin destino, porque el ingenio es cosa mal vista allí donde se fraguan el rayo y las cesantías».

La elección de D. Francisco Commelerán para la Academia Española, en contra de Galdós, indignó a *Clarín*. La candidatura de Galdós había sido presentada por Menéndez Pelayo y apoyada por Castelar, Campoamor, Valera y Núñez de Arce. Se excedió *Clarín*, sin embargo, en sus censuras a Commelerán.

Sólo publicó *Clarín* en este año ocho *paliques* y la semblanza de Eduardo de Palacio.

En el primer número del *Madrid Cómico* de 1889 aparece un artículo de *Fray Candil* sobre el libro *Mezclilla*, que había publicado *Clarín*. Puede resumirse en estas afirmaciones: «Hay que convenirse, señores poetastros y prosistas asendereados: *Clarín* es el escritor satírico de más ingenio y saber que ha habido en España». En el mismo número publicaba Pedro Bofill otro artículo, no menos encomiástico, acerca de *Mezclilla*.

En los *paliques* de este año, *Clarín* habló favorablemente de Pereda, por *La Puchera*, de *Fray Candil*, por *Fiebres*, de Palacio Valdés, por *La Hermana San Sulpicio*, de la Pardo Bazán, por *Insolación* y *Morriña*. No eran siempre incondicionales los elogios, por supuesto. Sobre todo la Pardo Bazán—con quien la actitud de *Clarín* iba cambiando mucho—hubo de oír palabras poco satisfactorias. Bien que al hablar de *Insolación* llamara a su autora «ilustre por tantos conceptos», de aquella novela decía que no se podía tener por excelente, sino, al revés, como la más floja de cuantas había publicado doña Emilia. Y de este modo pone una de cal y otra de arena. Más le agradó *Morriña*, pero con tantos reparos y distingos, que las buenas palabras quedan muy diluídas. De todos

modos, a la terminación dice esto: «Mis esperanzas en pie, y la ilustre escritora tan digna como siempre de respeto, admiración y simpatía».

Ha de tenerse en cuenta que sobre estas mismas obras y autores, *Clarín* habló en otros lugares más extensa y reposadamente.

Se lamentó, y no por vez primera, de que las revistas literarias no pagasen, o pagasen mal, a sus colaboradores, y dió algunos consejos a Lázaro Galdiano, propietario de *La España Moderna*, para que la suya conservara su bien ganado prestigio. Saliendo al paso de quienes hablaban mal de ellos, hizo la defensa de los semanarios festivos.

Una amistosa discusión, que sería inoportuno detallar aquí, sostuvo con Peña y Goñi a propósito de un *cuyo* empleado por don Tomás Bretón en uno de sus escritos, y que aquél calificó de disparate.

Corresponde a este año la ruidosa pendencia entre *Clarín* y Manuel del Palacio. Nada más lamentable que ver enzarzados a dos ingenios de su valía en un pugilato que empezó por agudezas y acabó por dicerios. Comenzó la cosa, como es sabido, porque *Clarín*, en un periódico que no fué el *Madrid Cómico*, dijo que, descartando a Zorrilla, sólo había en España dos poetas y medio; aquéllos eran Campoamor y Núñez de Arce; éste, Manuel del Palacio. Tal efecto causó esto a Palacio, que escribió y leyó en el Ateneo una epístola en tercetos, dirigida a *Clarín*, en forma comedida todavía, pero en que no ocultaba su enojo. Replicó *Clarín* con el folleto *A 0,50 poeta*, compuesto igualmente en tercetos, pero más destemplados y acometedores. No por ello se echó atrás Palacio, que dió a la imprenta otro folleto, *Clarín entre dos platos*, igualmente violento. Y entonces ya la cuestión pasó al *Madrid Cómico*. En él publicó *Clarín*, con el título de *Empanada poética*, dos artículos sobre el folleto de Palacio; y como éste creyera necesario dejarse oír en el mismo semanario, hizo insertar dos sonetos, sumamente despectivos, *A Clarín, para su corona poética*. Contestó *Clarín* con otro, ya desatentado; y tras unas cartas, otros dos artícu-

los de *Clarín*—*El último atún* y *El libro verde*—y la intervención de Sinesio Delgado, la cuestión tocó a su fin sin que llegara al duelo, como en algún momento pudo temerse.

Con el artículo *Un discurso de Cánovas*, cerró *Clarín* el año en el *Madrid Cómico*. Había publicado dieciocho.

En el de 1890 fué tan constante su colaboración, que solo faltó en cuatro números. Por ello he de limitar considerablemente las referencias.

Muy a menudo salió también en los *paliques* doña Emilia Pardo Bazán. Habló otra vez de *Morriña*, y no para mejorar el juicio. «*Morriña* vale poco, muy poco. Y vale poco... porque le salió a usted mal, porque no estaba el horno para pasteles cuando usted la escribió». En cambio le pareció bastante bien *Al pie de la Torre Eiffel*. Dedicó dos *paliques* a *Una cristiana*—que era «algo más importante, de más intensidad estética que *Morriña* y que *Insolación*»—, y tres a *La prueba*. Muchos defectos encontró en ésta, y aunque elogió el estilo y el lenguaje, en lo cual «mejora cada día doña Emilia», no fué sin bastantes salvedades.

Al hablar de *El buen Jeromo*, poema de Luis de Ansorena, insiste en llamar la atención sobre la dañosa influencia que la escuela de Campoamor había ejercido. En otro lugar dice que de Campoamor le disgusta *la paradoja burguesa*. «Muchas veces en sus escritos, casi siempre en su conversación, Campoamor hace ingeniosísimos ejercicios de dislocación dialéctica... para sostener vulgaridades. Le gusta seguir el camino trillado... sólo que con la cabeza entre las piernas, o andando con las manos, y los pies en alto». Y añade que Campoamor y Valera le parecían «los hombres más listos de España».

Elogió los *Ripios académicos*, de Antonio de Valbuena, aunque mostró su disconformidad con las censuras a Menéndez Pelayo, Nuñez de Arce, Valera y Echegaray. Creía que éste era un gran ingenio, aunque tuviera «muchísimos ripios y otros defectos de retórica y algunos de gramática».

Dos poetas jóvenes, Salvador Rueda y Ricardo Gil—en éste ca-

si nadie había reparado—le merecieron palabras de aprobación y estímulo. Ya se ve, pues, que *Clarín* no apagó las ilusiones, como suele decirse, de los escritores noveles, cuando tenían talento. No se mostró tan expedito con Joaquín Dicenta cuando estrenó su drama *Los irresponsables*, si bien más tarde estimó su mérito.

La acostumbrada mención de Cánovas, Fabié, Cañete... De éste dijo que «no deja de tener, después de todo, su parte seria y digna como crítico». D. Vicente Barrantes le dió materia para un violentísimo *paliq*ue.

Dirigió *Clarín* a María Guerrero, en dos *paliq*ues, un interesante mensaje. Aunque por aquella fecha *Clarín* aún no había visto representar a la gran actriz, daba por merecidos los entusiastas elogios que los periódicos de Madrid la dedicaban, y creía necesario apereibirla con algunos consejos. Uno de ellos era que huyera de las «malas compañías» y se uniera a las buenas, cosa un poco difícil, ya que, a su parecer, después de Calvo, Vico y Elisa Boldún, no había cómicos buenos en España. También debía esquivar a los autores «no poetas, no artistas», que materializaban el teatro y le llevaban a la decadencia.

En 1891, casi todos los números de *Madrid Cómico* llevaron también *paliq*ue de *Clarín*. Y en gran parte de ellos hizo también el gasto doña Emilia Pardo Bazán, con quien la actitud de *Clarín* cambió sensiblemente. Dice una vez más que «doña Emilia ya es modelo, y con justicia, de la forma clásica del estilo»; pero luego va aumentando gradualmente las tachas, hasta dejar muy menoscabado aquel aserto. Le parece mal que introduzca neologismos como *piriforme* e *hispanofilia* que, por cierto, han tenido luego entrada en el léxico. Como no era *Clarín* hombre que ocultara sus sentimientos, hizo saber un motivo de queja que tenía con doña Emilia, y era que habiéndola remitido ejemplares de la novela *Su único hijo* y del *Discurso* que entonces imprimió, ella no diera cuenta en el *Nuevo Teatro Crítico*. Por de contado que cuando Valera publicó, con el seudónimo de *Eleuterio Fylogino*, su folleto *Las mujeres y las Academias*, estuvo de absoluto acuerdo con la tesis de aquél, contraria a la en-

trada de la mujer en tales corporaciones. Habla laudatoriamente, por último, de otros escritos de doña Emilia, a la que sigue llamando «mi ilustre amiga», y remata de este modo: «Yo creo, señora, que la crítica es esta: hacer lo que yo hago con usted: obligarla a estar a las dulces y a las agrias, a las verdes y a las maduras. Lo demás es *compadrazgo* por un lado, y venganza por otro».

A *Un crítico incipiente*, de Echegaray, dedicó dos *paliques*. Su detenido y encomiástico examen terminaba así: «En fin, don José, yo le doy de todo corazón la enhorabuena, y aunque no creo que esta comedia anuncie en usted un *cambiazó*, no echo en saco roto que el autor de *Macheth* es el autor de las *Alegres comedias* y del *Sueño de una noche de verano*».

Juicios favorables para Cavia, Taboada, Balart... De éste, sin embargo, dice que es gran poeta y mediano crítico. Para los vapuleos no olvidó a sus predilectos. Con Manuel del Palacio, no obstante lo ocurrido, volvió a las andadas, y para ello aprovechó las *Chispas* que publicaba en *El Imparcial*. En algunas, sin embargo, encuentra verdadero mérito, y reconoce el bien ganado nombre literario de Palacio.

Toca también, como lo hacía a menudo, asuntos teatrales. Se felicita de que, entre muchos cómicos malos, haya algunos tan notables como Antonio Vico y Carmen Cobeña, y celebra también que a veces se descubran entre los cómicos de provincias «destellos de inspiración, temperamentos de naturalidad artística que no se ven en los actores *madrileños* más nombrados».

El P. Blanco García, con *La Literatura Española en el siglo XIX*, excitó sus iras. Tal vez esto le llevó a arremeter contra otro agustino, el P. Conrado Muñíos, a quien, a más de repetidas alusiones en los *paliques*, dedicó dos artículos titulados *La Muñeira*, que luego reimprimió en el libro *Palique*.

Trazó *Clarín* el proyecto de escribir, bajo el título *Vivos y muertos*, una colección de semblanzas de personajes contemporáneos, principalmente escritores, y ahora publicó el prólogo. Pero habían



de transcurrir dos años hasta que diera al público la primera de ellas.

Ya en el año 1892 del *Madrid Cómico*, lo que más solicita la atención es la polémica de *Clarín* con Emilio Bobadilla. Las relaciones entre ambos, después de la publicación de *Fiebres*, de Fray Candil, habían ido de mal en peor. *Clarín* aludió en cierta ocasión a un eclesiástico que, a su entender, le perseguía, y le dió por nombre *Fray Candil*. Supuso Bobadilla que esto le aludía burlescamente y reaccionó en la forma que en él podía esperarse. Entonces publicó *Clarín* el primer *palique* contra *Fray Candil*, que fué uno de los más mordaces. Le hizo seguir de nueve cuartetas, a que llamó *candilejas*, y entre las que figuraban estas dos:

Pensé criar otra cosa  
y estaba criando un cuervo;  
me quiere sacar los ojos,  
grazna porque no le deajo.

No quiero caricaturas  
mías tan cerca de mí.

En *Madrid Cómico* sobran  
o Bobadilla o *Clarín*.

Pero en el número siguiente del *Madrid Cómico* apareció un artículo de *Fray Candil*, titulado *¡Adiós, anciano!*, en que su autor agotaba también el repertorio de agravios. Siguió otro *palique* de *Clarín*, por el estilo, y a continuación Bobadilla, apelando, según consignó Sinesio Delgado, a la Ley de Imprenta, hizo insertar el que dió por *punto final*. Sin embargo, todavía *Clarín*, en el número siguiente, tuvo que hacer unos chistes a costa de *Fray Candil*.

En otros *paliques* aparecieron, y no para bien, el crítico Francisco F. Villegas (*Zeda*) y los organizadores de los actos acordados para celebrar el centenario del descubrimiento de América. Arrebió en sus embates contra los PP. Blanco y Muiños, y aun contra la Pardo Bazán. De ésta dijo finalmente: «¿Qué por qué no he hablado de *La piedra angular*? Porque todos los días gazapo, amarga

la cocina». Sánchez Pérez, Bofill y Urrecha oyeron de él frases halagüeñas.

Se refirió varias veces a las *chispas*, de Manuel del Palacio, y de algunas de ellas dijo paladinamente: «esto es muy hermoso». Entre los escritores jóvenes mereció su conformidad Enrique Gómez Carrillo, no sin que le pusiera en guardia contra las exageraciones literarias a la francesa.

En el número del *Madrid Cómico* correspondiente al 18 de junio, *Clarín* publicó *El último palique*. Eran unas pocas líneas dirigidas a Sinesio Delgado, en las que hacía constar que se separaba de la redacción del semanario no por otro motivo sino porque «no puede subirme el sueldo en la medida que yo pido. Y rompemos nuestras relaciones... económicas, en espera del Reverter que venga a reanudar las negociaciones... Si los lectores de *Madrid Cómico*—añadía—vuelven a verme por aquí, pueden decir para su coletó: «A éste le pagan más que antes. No hay más filosofía que ésta en el asunto».

Y, efectivamente, así se lo dijeron los lectores cuando, al comenzar el año 1893, vieron reaparecer la firma de *Clarín*. Aparte del cuento *Un viejo verde* y de algún artículo de costumbres, publicó seis *paliques* en que anduvieron rodando doña Emilia, el P. Mir, Feliú y Codina y otros. De este año son también, con destino a la colección *Vivos y muertos*, las semblanzas de Ramos Carrión y Vital Aza, que reimprimió más tarde, y la de Salvador Rueda. Reconoció en éste, desde luego, un poeta de nivel superior, y la prueba está en que le dedicó esta semblanza; pero acaso cerró un poco los ojos a la novedad de su inspiración y de su técnica. Advirtió, sí, los peligros a que su temperamento le exponía, y en consecuencia le dió sanos consejos para que no se dejara arrastrar por la prodigalidad verbal y el «entusiasmo extra-artístico». Habló de su «vena rica, pero constantemente impura». Con todo, llegó a esta conclusión: «Mucho me engañaré si andando los años, ya corregido de las malsanas tendencias que rápidamente he señalado, Rueda no llega a figurar entre los pocos escritores españoles que

honran el noble verso castellano, tradición gloriosa. Incidentalmente citó a Rubén Darío, en quien, a diferencia de Valera, sólo quiso ver «un versificador sin jugo propio, como hay ciento, que tiene el tic de la imitación».

En el primer número de 1894 apareció el gracioso poema que *Clarín* encabezó de este modo: «Piticoide. — Sarampión campoamorino. D. d. J. 1871». Fecha ésta, sin duda, que corresponde a la composición del poema. Mucha intención guarda la historia de aquel empecatado mono, que ve morir a la mona, su amada, y acaba por ser un sabio académico que niega el transformismo.

Muy pocos paliques contiene el *Madrid Cómico* de este año. En cambio, comenzó a insertar *Clarín* en él sus admirables cuentos. Los primeros publicados fueron *D. Urbano* y *El cura de Vericueto*.

Publicó también una *Crónica literaria*, en que hablaba de Martínez Villergas y Rodríguez Correa, entonces fallecidos, y la ingeniosa fantasía *La fiesta de Campoamor*, donde, en un viaje a Oviedo, junta a Campoamor, Cánovas, Núñez de Arce, Sánchez Moguel, Balart, y, en suma, «la flor y nata de la aristocracia de la sangre y de la hermosura, del talento y de la riqueza».

Pero *Clarín* no se veía a gusto sin los paliques. Así es que, ya en el año 1895, los reanudó, y empezó por decir lo siguiente:

«Permítanme ustedes rejuvenecerme.

«¡Ay, sí! Esto de los paliques rejuvenece.

«¿Se acuerdan ustedes?

«*In illo tempore* los paliques de *Madrid Cómico* solían encontrar tal cual lector propicio entre los muchos de este periódico.

«Pero mi médico, mis amigos y los que me quieren mal, como dice Moratin, me aconsejaron que abandonara el género. El mismo Sinésio declaró que prefería mis cuentos, que no daban ocasión (lugar diría algún crítico *galdosiclasta*), a dimes y diretes.

«Y abandoné el palique; o, mejor acaso, me dejó él a mí, como poco antes me había abandonado la juventud.

«Pero bien sabe Dios que no quisiera *acartonarme* literariamente.

«Noto en mí síntomas alarmantes. Me voy tomando demasiado en serio, que es como ir echando panza moralmente.

«Malo, malo».

Por entonces, sin embargo, publicó pocos *paliques*. En uno de ellos habló de Núñez de Arce con menos entusiasmo que otras veces, pues, a propósito de unos sonetos que había publicado, aconsejó a los poetas jóvenes que no los imitaran, «porque hay descuidos que pueden ser para vosotros un sarampión o una escarlatina».

Publicó en cambio artículos de humorismo tan fino como *Sinesio*, biografía de Sinesio de Cirene, obispo de Africa, y *Excavaciones*, fantasía de sátira política. Y también los cuentos *El Quin*, *La tara* y *El caballero de la mesa redonda*.

Este año se estrenó, con el resultado de todos conocido, el drama *Teresa*, de *Clarín*. En una *Correspondencia particular* del *Madrid Cómico*—y en otros sitios, por supuesto—, desahogó Leopoldo Alas la indignación, en gran parte justificada, que el fracaso le produjo. Como ello constituye todo un episodio en la vida literaria de *Clarín*, no he de detallar aquí esa *Correspondencia*. «¿Qué si había enemigos míos la noche del estreno?—pregunta—¡Pues ya lo creo! A docenas. ¿Pues no hubo quien oyó: Vamos a reventar a este *Clarín*? ¿Y aquella ira de los que vociferaban?» Dice que el fracaso, sin embargo, no empezó por ahí, sino porque «sin mala intención, cierta parte del público empezó a tomar por propaganda anarquista, por desafío a la *clase* que predominaba en el teatro, lo que no era más que natural exposición de un *medio* y de un *carácter*». Aparte de eso, decía, muchos lo hicieron por venganza y por *desembotellar* su encono.

Durante el año 1896, *Clarín* publica en el *Madrid Cómico* treinta y un *paliques* y el artículo *La contribución*; en el de 1897, cuarenta y tres *paliques* y el artículo *Cama... feo*. Pero mientras el número de *paliques* aumenta, su acometividad disminuye. Diríase que aquella continua tensión tenía fatigado a *Clarín*, y que va sintiendo anhelos de tranquilidad. Trata por lo general cuestiones menudas y en

forma más ligera y concisa. Aquí y allá alude a los poetas jóvenes, y en algunos reconoce cualidades excelentes, pero sin soltar prenda. Así, al acusar recibo de *La Neblina*, de José Santos Chocano, dice que aquella revista le parece rematadamente mal, pero que su director—Chocano—tiene «serias cualidades de buen versificador castellano y aun algo de verdadero poeta». Al hablar de *Charivari*, de Azorín, dijo muchas y muy oportunas cosas. «Martínez Ruíz—escribía—es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles, pero él es un mozo listo, listo de veras. Entre las pocas cosas que respeta está el castellano: escribe con corrección y facilidad, y eso de *Charivari* es un capricho que no crea el lector que anuncia una colección de galicismos». De Valle Inclán escribió, a propósito de *Epitalamio*, que «se ve que el autor tiene imaginación, es capaz de llegar a tener estilo, no es un cualquiera, en fin, y merece que se le diga que, hoy por hoy... está dejado de la mano de Dios». Le parecían mal las que llamaba sus incongruencias de lenguaje. De Benavente dijo que, aunque conocía pocos de sus escritos, podía «profetizar que se casará con una dama hermosísima, que es la fama bien ganada».

En bastantes de estos paliques sostuvo un tiroteo, demasiado estrepitoso, con los redactores de *Gedeón*, y en especial con Navarro Ledesma. Hizo mal *Clarín* en mantener un diálogo de esta naturaleza.

Publicó el *Madrid Cómico* su último número—porque, aunque tuvo una continuación, ya fué cosa muy distinta—, el día 25 de diciembre de 1897. De *Clarín* iba en él un *Palique .. mortis causa*, que empezaba así: «Me marcho yo, pero mi sombra queda, como dijo una poetisa. Yo, que no soy ni sombra de lo que fuí, me voy con la música a la misma parte; y si queda mi sombra, van ustedes ganando. *Madrid Cómico* ha muerto... ¡Viva *Madrid Cómico*!».

Como los paliques de *Clarín* atañían a cosas del momento, y a muy diferentes categorías de autores, muchos de los cuales están olvidados hoy, no pueden ofrecer, desde luego, el interés crítico que en su día ofrecieron. Pero conservarán siempre lo más esen-

cial, que es el derroche de gracia, la fineza humorística, el dominio insuperable del idioma, la transparencia del estilo. Su mérito no está solo en los juicios formulados, sino en la manera de formularlos, entre rasgos de cáustica agudeza y amenísimas incidencias. El ingenio que vertió *Clarín* en sus *paliques* bastaría para enriquecer a muchos autores.

Nadie niega, ni ello es posible, que *Clarín* se pasó con frecuencia de la raya y extremó la dureza de sus ataques. Dejábase llevar de su vena satírica y no medía, o medía mal, el alcance de los disparos.

En cierto *paliqúe* (1891) escribió *Clarín* lo siguiente: «Dormía yo, como dormimos nosotros los justos, cuando de repente, sentí un sacudimiento, desperté y oí una voz (por estas que son cruces), una voz que me sonaba en el cerebro y me decía: *No engendres el dolor*. La conciencia desvelada me dijo, pero ésta sin voz, que aquella *frase*, porque era una *frase*, aludía a los recientes arañazos crítico-satíricos, a los artículojes de esta temporada en que había yo hecho daño a otra persona... Sea como sea, ahora recuerdo (tal vez porque es otra vez de noche) que las palabras que oí al despertar, *no engendres el dolor*, tuvieron para mí un profundo esplendor ideal, me dijeron unas cosas que mi pluma no podría expresar aproximadamente».

Y por aquí seguía *Clarín*. Pero, en verdad, así eran los *paliques*, y no podían ser de otro modo. No eran la crítica seria y doctrinal —en la cual *Clarín* tampoco tenía nada que envidiar a nadie—, sino la ojeada viva y maliciosa que buscaba motivos de chacota. Sin perjuicio de un complemento de saber literario.

Aunque no se tome en serio, es curioso recordar lo que en otro *paliqúe* (1896) escribe *Clarín*. «La crítica—dice—es como la pulmonía: no sabe uno donde la coge. Yo, sin ir más lejos, vivía en paz, inocente, dedicado al amor platónico y a la facultad de Filosofía y Letras, cuando se me ocurrió ganar unos cuantos duros al mes por *medio* del género intermedio llamado satírico. En el fondo del alma me sentía, más que otra cosa, poeta reconcentra-

do; pero los poemas trascendentales tenía que publicarlos en las revistas serias que no pagaban el género épico ni el lírico; y las sátiras, vulgo palizas, valían unas pesetas en la prensa festiva y *maleante*. Yo, con la sed del oro, o por lo menos de la plata, seguí llamando animal, con alguna retórica, a este y al otro vate; y de resultas, a los pocos meses me pusieron mote: era crítico. Yo no tenía la culpa».

Pero no sólo por eso escribió en los periódicos festivos, sino por el favorable concepto que de ellos y de sus colaboradores tenía. «Además—escribe en otro palique—, entre nuestros literatos hay muchos más hombres de ingenio y de gracia que de estudio serio, profundo, constante, y de reflexión original, independiente; es más, aun en la pura literatura llamada por algunos todavía *amen*, son mucho más *amenos* los escritores *festivos* (muchos de ellos) que los otros... Sin insistir en este particular, que bien lo merece, saco la consecuencia que importa a mi asunto: que, en general, la prensa *ligera* está mejor escrita en España que la *pesada*, que tienen más de literatos verdaderos los periodistas *festivos* que los otros...»

Labor secundaria podrá parecer la que *Clarín* desarrolló en el *Madrid Cómico*, pero en su terreno propio no lo es, y sirve para darnos una idea viva y animada de lo que fué el mundillo literario —y aun el político— de la época, y en una perspectiva que de otro modo no podríamos apreciar.

NARCISO ALONSO CORTES  
De la Real Academia Española











